

## Amar al prójimo

■ Cuando se nos dice que el gran aporte moral que trajo el cristianismo al mundo es su precepto fundamental de amar al prójimo, nos parece un hecho elemental. ¿Quién va a pretender odiarlo? ¿Cómo sería posible la vida sin el amor entre los semejantes? ¿Cómo habría podido sobrevivir el mundo de lo contrario?

Pero si reflexionamos sobre el mandato de Cristo, advertiremos que él no nos habla de amar ni a la humanidad, ni al género humano, ni siquiera al Hombre así, con mayúscula. Nos manda amar al prójimo.

Y eso sí que es prueba.

Amar al vecino cuya presencia interrumpe nuestra intimidad, amar al jefe que nos manda o al carabiniere que nos saca el parte o al majadero que nos cuenta sus cuitas que en nada nos interesa, parece ser un mandamiento que está más allá de las posibilidades humanas.

Dos escritores católicos en distintos textos confiesan su imposibilidad de dar cabal cumplimiento al mandato del Evangelio. George Duhamel escribe con humildad: "Amo a los hombres y no es culpa mía sí, la mayor parte de las veces, no los pueda soportar. Y sólo deseo recuperar mi soledad para amar aún a los hombres como los amo cuando no están presentes, cuando no los veo". Por su parte Giovanni Papini escribe: "Para amar a los hombres es preciso abandonarlos de cuando en cuando. Lejos de ellos nos acercamos a ellos".

Con todo el respeto que nos merecen tan destacados hombres de letras católicos; habría que decir que están postulando a una especie de amor platónico hacia el prójimo, un amor que se nutre en la soledad y que se rebela cuando toma contacto con el que debiera ser objeto del amor.

En la puerta del cuarto de trabajo de un amigo cuelga un letrero que advierte al visitante sobre la filosofía de vida de quien ahí mora y cómo será recibido: "Amo

a la humanidad. Lo que no soporto es el ser humano".

Con más humor y cinismo, el cartelito de marras está expresando lo mismo que Duhamel y Papini en los escritos anteriormente citados. Y ahí está el peligro. En el mismo momento en que reemplazamos el amor al prójimo —que es algo vivo, concreto, visible y palpable— por el amor a una abstracción, a un pensamiento al que llamamos humanidad y que, como tal no tiene cuerpo, ni voz, ni alma, ni lágrimas, podemos caer en los peores desbordes y dejar sin vigencia, nada menos, que la presencia de Cristo sobre la tierra.

Quien proclama su amor a la humanidad, está tácitamente otorgando a ésta las propiedades de las que él cree debe estar revestida. Por amor a la humanidad, estará dispuesta a eliminar parte de ella para así hacerla más perfecta; por amor a la humanidad, procurará mejorarla persiguiendo a quienes no se encuadran dentro de su ideal. En otras palabras, por amor a la humanidad, se dejará de amar al prójimo.

Hermann Keyserling, acusa esta contradicción cuando escribe: "No hemos de prestar fe a las palabras de un hombre que pretende amar a la humanidad y sólo siente aversión por su prójimo. Es posible que sus teorías se encaminen al bien de la humanidad, pero no significa que la ame. El mayor genio de amor que nunca hubiera en Occidente nos mandó amar a nuestro prójimo. Y el hecho es que no podemos amar más que a nuestro prójimo; los sentimientos no van más allá".

Ya nos vamos entendiendo. La adhesión de un ideal para la humanidad no presupone amor; el desear su bien y prosperidad puede significar la presencia de un espíritu justo y ecuánime, pero eso es otra cosa.

No hay objetivo superior que nos excuse de amar al prójimo.

No, si nos llamamos cristianos.

PARTIQUINO.

LA SEGUNDA